

ISSN: 2313-5115

CLASSICA BOLIVIANA

Revista de la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos / VI



CLASSICA BOLIVIANA

Revista de la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos
Número VI



Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos
SOBEC



Grupo de Investigación Siglo de Oro
Universidad de Navarra



NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ
UNIVERSIDAD PLENA



Comité de Redacción: *Director y editor general:* Andrés Eichmann Oehrli – *Subdirector:* Mario Frías Infante – *Secretaría general:* Tatiana Alvarado Teodorika – *Coordinadora general:* Estela Alarcón Mealla – *Miembros:* Manuel Molina Sánchez (Granada, España), Ricardo del Molino García (Externado, Colombia), Estela Alarcón Mealla (Nuestra Señora de La Paz, Bolivia), Alicia Schniebs (Universidad de Buenos Aires)

Comité de Evaluación (y sus universidades): Antonio Alvar Ezquerro (Alcalá de Henares, España) – Alejandro Vigo (Navarra, España) – Alberto Bernabé (Complutense, España) – Isabel Rodà de Llanza (Autónoma de Barcelona, España) – Jesús Ángel Espinós (Complutense, España) – Mariano Nava Contreras (Nacional del Sur, Mérida, Venezuela) – Marcela Alejandra Suárez (Buenos Aires, Argentina) – Ana María González de Tobía (La Plata, Argentina) – Julieta Consigli (Córdoba, Argentina) – David Konstan (Brown, U.S.A.) – Margarita Vila da Vila (Mayor de San Andrés, Bolivia)

Editores responsables: Andrés Eichmann Oehrli y Tatiana Alvarado Teodorika

Portada: aldaba de una de las puertas del número 221 de la Calle Arenales, Sucre (Bolivia). Foto: Edwin Claros. Edición fotográfica: Felipe Ruiz 

«Se trata de un Gorgoneion, es decir, un amuleto con efecto apotropaico cuya finalidad era alejar a (y proteger a su poseedor de) los malos espíritus. En el contexto donde se encuentra como llamador de una puerta hará referencia a un mecanismo de defensa para el hogar. Desde el punto de vista iconográfico, la pieza presenta en el centro la máscara de Medusa, la más célebre de las tres gorgonas. Lleva la cabeza cubierta con serpientes y dos alas, en alusión a las alas de oro que según las crónicas llevaba a sus espaldas. Además de este detalle, la talla presenta numerosas similitudes con la Medusa Rondanini, copia romana de un original griego, conservada actualmente en la Gliptoteca de Múnich. En cuanto a las tres mujeres de la parte inferior, las dos laterales representarían a las otras dos hermanas de Medusa, Esteno y Euriale. De sus cabezas parten dos serpientes para unirse al tercer personaje mitológico colocado en el centro, que sería Lamia, hija de Poseidón y Libia, mitad cuerpo humano y mitad cola de serpiente/pez. Era un ser maligno y también vinculado a infundir temor, sobre todo entre las madres ya que devoraba a sus hijos. Según la leyenda, de su relación con Zeus nació la primera Sibila. Debajo de Lamia se sitúa un busto vestido a la manera clásica que encarnaría a su hija, figura con la que se cierra el programa temático. Esta aldaba es un objeto complejo y bastante enigmático y se podría afirmar que su sentido guarda bastante relación con el vínculo protector y la exaltación alegórica de la mujer profética».

Prof. Dr. Francisco Montes (Universidad de Granada)

© Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos (SOBEC), 2014

© Plural editores, 2014

Primera edición: julio de 2014

ISSN: 2313-5115

D.L.: 4-1-1788-14

Producción:

Plural editores

Av. Ecuador 2337 esq. Calle Rosendo Gutiérrez

Teléfono: 2411018 / Casilla 5097 / La Paz - Bolivia

e-mail: plural@plural.bo / www.plural.bo

Impreso en Bolivia

Índice

Presentación	5
--------------------	---

Filología clásica

Intertextualidad e interculturalidad: la presencia de Roma en Grecia, una perspectiva diferente <i>Álvaro Sánchez-Ostiz</i>	11
---	----

Filosofía

El octágono medieval de oposición y equivalencia: tres aplicaciones <i>Juan Manuel Campos Benítez</i>	31
--	----

Tradición clásica

Presencia de Sófocles en el teatro argentino: Acerca de <i>Antígona Vélez</i> y <i>Antígonas: Linaje de Hembras</i> <i>María Claudia Ale</i>	51
La pasión y el dolor como vías hacia el bien supremo en la tragedia <i>Scopas</i> de Franz Tamayo <i>Alberto Bailey Gutiérrez</i>	71

De traviesos y eruditos egipiómanos charqueños <i>Andrés Eichmann</i>	85
Presencia de la cultura clásica en las bibliotecas rioplatenses (siglos XVII-XVIII) <i>Alfredo Eduardo Fraschini</i>	113
Reminiscencias clásicas en la <i>Historia del Perú</i> de Agustín de Zárate (1555/1577) <i>Teodoro Hampe Martínez</i>	131
La presencia de Platón en las Misiones guaraníes (Acerca de la obra de José Manuel Peramás) <i>Blanca A. Quiñónez</i>	155

Varia

La romanidad oriental moderna: Un testimonio del papel religioso y político de la élite cristiana helenohablante de Constantinopla en el siglo XVIII <i>Xavier Agati</i>	171
<i>Stabilire primo, deinde et ornare</i> : los emperadores Flavios entre las fuentes literarias y las epigráficas <i>Javier Andreu Pintado</i>	205

Presentación

Classica Boliviana aparece por vez primera en forma de revista. El aspecto formal es lo de menos, y de hecho no se han cambiado significativamente sus características. Incluso se ha decidido mantener la numeración, porque (aunque este es, en efecto, el primer número *en tanto revista*) es la continuación de una línea y de un esfuerzo constantes desde su primer volumen, que aparece en 1999. Acaso lo más significativo de esta nueva etapa se halle en el propósito de publicar un volumen anual, a la vez que de asegurar la calidad de los contenidos gracias a las evaluaciones de pares de diversos países, especialistas de estudios clásicos.

Nuestra necesidad de ampliar los horizontes referenciales, frente al enclaustramiento que podría resultar de una práctica editorial que no buscara la innovación, encuentra en este volumen algunos platos fuertes. Uno de ellos es el artículo de Álvaro Sánchez-Ostiz con que abrimos esta entrega. No se limita a superar clichés nacidos hace un par de milenios, alentados hasta la saciedad por incansables repetidores; nos lleva más allá de ideas adquiridas que afirman y confirman el influjo de lo heleno en lo romano, pues demuestra la complejidad del paradigma intercultural vigente en la Antigüedad. Además, vale la pena destacar que en el artículo se verifica una continuidad con las observaciones que hace Rodolfo Pedro Buzón en una contribución que editamos en el primer número de *Classica Boliviana*.

En la sección filosófica, Juan Manuel Campos Benítez ofrece un aporte que, con seguridad, llamará la atención de los estudiosos. A través de su trabajo nos demuestra cómo

la lógica en nuestros días no dista mucho del concepto de la lógica que Jean Buridan desarrolla en el siglo XIV a través de un octágono de oposición. Según nos comenta el autor, habría deseado llamar a la primera de las aplicaciones del octágono lógico «octágono con cuantificación del caso oblicuo y caso recto», o bien «octágono con genitivo cuantificado», pero habría desentonado en un escrito de lógica. Las otras dos aplicaciones (el octágono modal y el octágono con predicado cuantificado) completan la exposición del especialista. No puede resultar más decisivo el contraste con algunas caricaturas tendenciosas que, en un plano superficial de divulgación, se pretenden hacer pasar en nuestro medio (el boliviano) por «la lógica occidental» para hacerla blanco de observaciones peyorativas.

Si resulta poco menos que inútil estudiar a Heidegger sin conocer a Aristóteles más que *de mentas*, lo mismo ocurre con el intento de interpretar piezas literarias de tiempos recientes sin el referente clásico al que remiten ya desde el título. A esto apunta el trabajo de María Claudia Ale, centrado en obras de Leopoldo Marechal y de Jorge Huertas que recrean la *Antígona* de Sófocles en diversos escenarios y momentos de la historia argentina. También a esto apunta el estudio de Alberto Bailey Gutiérrez, que dedica su trabajo a la inspiración que encuentra el poeta boliviano Franz Tamayo en la vida del escultor Scopas, en la tragedia que lleva su nombre, haciendo hincapié en la pasión y el dolor como vías de expiación.

Por otro lado, los hábitos intelectuales de los escritores y lectores de los siglos XVI-XVIII son objeto de atención, desde distintos ángulos, en los cuatro artículos siguientes: el de Andrés Eichmann Oehrli presenta una revisión de la emblemática en un corpus de escritos neolatinos charqueños del siglo XVII y señala el *peligroso juego* (para los interesados) de las «trampitas» de quienes alardean de una ciencia solo aparente frente a otros que, siendo rigurosos, llaman menos ostentosamente la atención. Alfredo Fraschini hace examen de las obras literarias, filosóficas y filológicas (entre otras) presentes en los catálogos de bibliotecas rioplatenses entre los siglos XVI y XVIII que revelan la particular importancia que otorgaban instituciones y eruditos a las obras de autores griegos y latinos. Teodoro Hampe Martínez, por su parte, presenta una nueva aproximación a Agustín de Zárate, historiador del incario, autor de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* que llega a tener (al igual que el Inca Garcilaso más tarde) un éxito mayor en el público europeo que otros colegas suyos contemporáneos. Hampe se ocupa del modelo clásico en el que Zárate se habría apoyado para desarrollar su lectura de la otredad; y tal percepción podría explicarse por el bagaje grecolatino que compartía con los europeos de entonces. Esto nos lleva a pensar en una necesaria relectura de esta y otras crónicas, para separar el follaje (formado por elementos clásicos y renacentistas) de la substancia. Por último, a partir de una célebre obra del jesuita expulso José Peramás, es lugar común reconocer el vínculo entre el proyecto jesuítico misional y las teorías políticas de Platón, particularmente las que se presentan en la *República* y las *Leyes*. Blanca Quiñónez hace un análisis que permite identificar el núcleo de tal vínculo, así como sus matices.

En la sección de *Varia* encontramos dos tipos distintos de intereses. Por un lado, el trabajo de Xavier Agati sobre el papel religioso y político de la élite cristiana heleno-hablante en Constantinopla en el siglo XVIII, donde explica en qué medida la transmisión de la cultura religiosa y política estaba reservada a esta élite en el Imperio Otomano. Un trabajo que rompe también con los presupuestos y que abre nuevas vías de estudio y lectura sobre la presencia de lo heleno en el mismísimo seno del imperio musulmán. Javier Andreu Pintado, por su parte, se concentra en la documentación epigráfica para trazar una historia de la ideología y de la política de obras públicas en el Occidente Latino en el periodo de los emperadores Flavios. A través de una serie de documentos, el autor destaca la importancia que los emperadores «concedieron al carácter tangible de muchas de sus acciones políticas».

Como se puede constatar, este nuevo número reúne trabajos de diversa índole que en su conjunto nos dan una muestra (bien pequeña, se entiende) de las temáticas humanas que pueden encararse desde los estudios clásicos. Estos estudios en muchos casos facilitan seguimientos transversales, a la vez que propician perspectivas amplias y complejas.

Deseamos expresar aquí nuestra gratitud a las personas e instituciones que han hecho posible esta publicación. Ante todo, a Norma Campos Vera (Fundación Visión Cultural), quien acompaña cada etapa de nuestras actividades con una generosidad llena de entusiasmo. A Jorge Paz Navajas, Rector de la Universidad Nuestra Señora de La Paz, cuyo apoyo se ha mantenido en todo el camino andado por la SOBEC. Al Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra y a la Embajada de España, que han brindado el apoyo a muchas de nuestras actividades, particularmente al VI Encuentro de Estudios Clásicos, actividad en la que se gestaron muchos de los artículos del presente volumen. Por último, a los miembros del Comité Evaluador y del Comité de Redacción, quienes, con su tesón y experiencia garantizan la calidad científica de *Classica Boliviana*.

Andrés Eichmann Oehrli
Tatiana Alvarado Teodorika

TRADICIÓN CLÁSICA

Reminiscencias clásicas en la *historia del Perú* de Agustín de Zárate (1555/1577)¹

Teodoro Hampe Martínez
Sociedad Peruana de Estudios Clásicos
hampemar@hotmail.com

*En recuerdo y homenaje a Sabine MacCormack,
colega erudita, cuyo modelo será difícil de emular.*

Resumen

La presente contribución enfoca centralmente la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, obra del contador real y cronista vallisoletano Agustín de Zárate, que representó una de las versiones más difundidas y traducidas en la Europa del siglo XVI sobre el antiguo Imperio de los incas. Hemos examinado con detenimiento la primera y la segunda edición castellana de esta *Historia* (Amberes, 1555; Sevilla, 1577), ambas revisadas y corregidas por su autor. Más allá del sentido de las alteraciones producidas entre una y otra versión, nos ocupamos aquí de insertar el discurso y la percepción historiográfica de Zárate (incluyendo sus referencias a la «otredad» indígena) dentro del amplio concepto de la tradición clásica, ya que su texto recurre con frecuencia a autoridades y modelos propios

¹ Expresamos nuestro agradecimiento a la Dirección General de Apoyo a la Investigación del CONCYTEC (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología) por la subvención otorgada para participar en el I Congreso Internacional de Estudios Clásicos en México, celebrado en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, 5-9 de septiembre de 2005, donde se leyó una versión preliminar de este trabajo. Abreviaturas usadas: AGI = Archivo General de Indias, Sevilla; AGS = Archivo General de Simancas, Valladolid.

de la Antigüedad grecorromana. Para sus contemporáneos (Cieza de León entre ellos), el contador Zárate era tenido por hombre «sabio y leído en las letras latinas». Con este ensayo tratamos de definir, en última instancia, hasta dónde poseen validez las modernas teorizaciones sobre el impacto amortiguado (o filtrado) que la cultura del Renacimiento ejerció en el público letrado europeo respecto a los caracteres peculiares del paisaje, flora, fauna, gentes y costumbres del Nuevo Mundo americano.

Palabras clave

Historia del Perú – Agustín de Zárate – discurso historiográfico – tradición clásica – Renacimiento – imagen de América.

Abstract

The present contribution focuses centrally on the *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, by Agustín de Zárate, royal accountant and chronicler from Valladolid, a work that represented one of the most widespread and translated versions on the ancient Inca Empire in sixteenth-century Europe. We have carefully examined the first and second Spanish editions of this work (Antwerp, 1555; Seville, 1577), reviewed and corrected by the author. Beyond the significance of alterations between one and another version, we tend here to insert the historiographical discourse and perceptions of Zárate—including his references to indigenous “otherness”—within the broad concept of the classical tradition, since the above mentioned text often resorts to authorities and models of Greco-Roman antiquity. To his own contemporaries, such as Cieza de León, the royal accountant was taken by “wise and read in the Latin letters”. With this essay we try to define, ultimately, the validity possessed by modern theorizations regarding the blunted (or filtered) impact that Renaissance culture had on the European learned public about the peculiar character of the landscape, flora, fauna, people, and customs of the American New World.

Keywords

Historia del Perú – Agustín de Zárate – historiographical discourse – classical tradition – Renaissance – image of the Americas.

En el presente ensayo quisiera abordar algunos de los problemas implicados en la manera como se introdujeron, dentro de la cultura letrada de Occidente, las primeras imágenes del Nuevo Mundo americano, conocido y prácticamente re-conocido por los europeos después de la famosa carta descriptiva de Cristóbal Colón, de 1493. En este proceso se utilizaron, como sabemos, referentes que eran muy familiares en la cultura

europaea del Renacimiento, tomados en gran parte de la literatura clásica griega y latina. De manera particular, abordaré la contribución de uno de los cronistas indianos que más fama hicieron durante el reinado de Felipe II: me refiero a Agustín de Zárate (ca. 1514-1589), un escribano y contador de origen vallisoletano, por muchos años vinculado a la corte regia, que en 1555 publicó la primera edición de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*.²

Hoy en día son raros los ejemplares de la edición original de la crónica de Zárate, impresa en Amberes en 1555. Guiado por mi maestro en la Pontificia Universidad Católica del Perú, Franklin Pease G.Y., publicamos hace ya varios años una edición crítica de aquella *Historia*. Nuestro propósito entonces era establecer las diferencias con la segunda edición que el propio Agustín de Zárate realizó en vida, veintidós años después (Sevilla, 1577), corrigiendo una serie de pasajes, episodios y descripciones del universo espiritual y moral de los indios, que aparentemente ya no convenía dar a conocer. Debemos tomar en consideración los cambios de postura que se dieron entre 1555: todavía al final del imperio de Carlos V, una etapa aún de lucha e indecisión respecto al destino de los grupos cismáticos o protestantes dentro de la Iglesia católica, y el año 1577: en que se habían impuesto los postulados contrarreformistas de Trento, incluyendo la publicación del *Index librorum prohibitorum* de la Inquisición. Esto se traduce en una abierta represión hacia la alteridad de las comunidades primitivas amerindias y otros pueblos no católicos; así, pues, la crónica de Zárate suprime las menciones originales de sacrificios humanos y de costumbres «abominables» de los pobladores nativos, que ni siquiera correspondía mencionar de pasada o en son de crítica.

Bien se sabe que la tópica de lo raro o maravilloso, lo *mirum*, constituye un elemento esencial en la trama del discurso antropológico y etnográfico, en que la descripción del exotismo de los pueblos juega un papel fundamental.³ En tal sentido, se ha dicho que el primitivo relato histórico castellano guarda interesantes similitudes preceptivas con la historiografía griega. Poco a poco, las crónicas de la conquista americana se irán impregnando de esas pretensiones e irán adquiriendo al mismo tiempo su propia normativa y sus propias variantes, apropiándose de otras tradiciones y géneros. Con todo, Jean Franco⁴ no

² La personalidad de Agustín de Zárate ha sido tratada desde mediados del siglo XIX por eruditos investigadores como Enrique de Vedia, Marcos Jiménez de la Espada, Manuel de Mendiburu, José Toribio Medina, Raúl Porras Barrenechea y Marcel Bataillon. En décadas más recientes, la obra del cronista perulero ha sido analizada en profundidad por filólogos hispanistas como Dorothy McMahon (1965) y Paul Roche (1985). Véase la entrada correspondiente en *Guide to documentary sources for Andean studies, 1530-1900*, ed. Joanne Pillsbury, Norman, University of Oklahoma Press, 2008, vol. III, pp. 757-760.

³ Es lo que François Hartog, en su celebrado estudio sobre Herodoto, ha denominado *thoma* (o *thauma*), ingrediente básico en la retórica sobre la alteridad del discurso helénico. Cf. *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Paris: Gallimard, 1991, p. 356.

⁴ J. Franco, 1982, p. 40.

deja de advertir que uno de los principales problemas en los tempranos cronistas de Indias es el de la verosimilitud, y nombra expresamente a Agustín de Zárate junto a Cieza de León, Gaspar de Carvajal y otros, en los cuales se reconocen rasgos de la historiografía antigua. Estos son los aspectos esenciales sobre los que trataremos en los párrafos siguientes.

1. Génesis y trasfondo renacentista de la crónica de Zárate

Para comprender el suceso editorial que alcanzó la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, traducida en breve espacio de tiempo al italiano (1563), al neerlandés (1564) y al inglés (1581), es importante tomar en cuenta el imaginario y el contexto literario que primaban en el siglo XVI en Europa, y en sus incipientes prolongaciones ultramarinas. Los cronistas asumían que sus lectores tomarían las referencias a la Antigüedad clásica, aun en el novedoso contexto de las Indias, con toda naturalidad. Esas imágenes prestadas del mundo clásico revelan la cotidianidad con que los referentes del antiguo Mediterráneo formaban parte del encuentro (personal o mediatizado) de los españoles con el Nuevo Mundo, y no entraban solamente en las aserciones programáticas sobre la superioridad de los conquistadores frente a los héroes de la Antigüedad.

En tal sentido, será pertinente referir a la sintomática presencia de términos de origen mítico y legendario en la «nueva» toponimia del continente americano. Tal es el caso del Río Grande de las Amazonas, que fue bautizado con este nombre por los expedicionarios que salieron con Francisco de Orellana, en 1542, de la región de Quito, y entre los cuales se hallaba el cronista fundacional de estas tierras, el fraile dominico Gaspar de Carvajal.⁵ Cuando los aventureros españoles pasaron por unas márgenes donde se toparon con fieras mujeres que combatían usando flechas envenenadas, se dijeron estar en el territorio de las amazonas, y de allí por extensión se llamó a ese río de las Amazonas.

Algo similar ocurre con el diario de navegación del almirante Colón, recogido por fray Bartolomé de las Casas, donde el descubridor revela que contempló algunas sirenas en su viaje a las Antillas, y comenta inclusive que no le parecieron tan bellas como se las había imaginado. Hecho que nos sitúa esa descripción casi en el plano de lo «real maravilloso».⁶

⁵ Acerca de las amazonas, véase la *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*, de Fr. Gaspar de Carvajal, y los estudios relativamente contemporáneos de Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, trad. de Antonio Alatorre, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1978; y William Blake Tyrrell, *Las amazonas. Un estudio de los mitos atenienses*, trad. de Juan José Utrilla, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1989.

⁶ Son abundantes las referencias a las sirenas, originadas en célebres páginas homéricas y asociadas ciertamente con los manatíes que se venían observando en América desde los tiempos colombinos. En el caso de los Andes, fueron mencionadas por escritores como el jesuita Bernabé Cobo, quien recordó que se les llamaba «pejemulier».

Sin ir demasiado lejos, está también el caso de la gran península de California, que en los primeros años del contacto con la realidad americana fue tomada por una isla de extensas dimensiones y probablemente semejante al lugar que una de las más divulgadas novelas de caballerías, *Las Sergas de Esplandián* (1508), había identificado como próximo al Paraíso Terrenal, habitado exclusivamente por mujeres, rico en oro y otros bienes extraordinarios. Así la inspiración de la literatura de la época ha quedado patente en una serie de nombres de la geografía americana.

Si bien es cierto que muchos de los primeros colonizadores eran gente ruda y analfabeta, su universo mental estaba nutrido por imágenes tomadas de los relatos novelescos contemporáneos y de las obras «canonizadas» de la Antigüedad grecorromana. La cultura renacentista de Europa se hallaba verdaderamente ávida de ubicar esos lugares o personajes que había prefigurado la mitología clásica, y para lograr una relativa garantía de éxito muchos autores del siglo XVI (incluyendo a los cronistas que estuvieron propiamente en Indias) echaban mano de ese bagaje referencial. Este punto es clave para explicarse las repetidas ediciones y traducciones que mereció la obra de nuestro Agustín de Zárate, constituida durante el Renacimiento prácticamente en la versión estándar sobre el Imperio de los incas, sus costumbres, religión, economía y política, y sobre las guerras civiles de los conquistadores en Nueva Castilla.⁷

No parece entonces casual que un contemporáneo suyo, Pedro de Cieza de León, diga que Zárate era un hombre «sabio y leído en las letras latinas», mientras Gutiérrez de Santa Clara lo llama docto y científico.⁸ Sin embargo, nuestro personaje no era un tipo con formación académica y pertenecía a ese estamento de funcionarios que habían adquirido su cargo y sus habilidades en el marco de una tradición familiar. Agustín de Zárate era hijo de Lope Díaz de Zárate, alavés de origen, que se desempeñaba como escribano de cámara o secretario del Consejo de la Suprema Inquisición y del Consejo Real de Castilla, máximo órgano administrativo y judicial en la corte (AGS, Quitaciones de Corte, 31).

No solo el padre de Zárate, sino también su abuelo, habían sido escribanos del Consejo Real de Castilla. O sea, era gente familiarizada con el manejo de la documentación cortesana, pero aún no habían llegado al estatus de reconocimiento a que aspiraban

Las sirenas tuvieron larga y duradera presencia, pues continuaron figurando en la iconografía andina colonial. Cf. T. Gisbert, 1980, pp. 46 y ss.

⁷ En un interesante estudio sobre la influencia de las novedades americanas en la reescritura de la historia universal a partir del siglo XVI, Peter Burke (1995, pp. 33-39) destaca la reiteración con que los sucesos y personajes de la Conquista aparecían en enciclopedias y anales europeos. Observa también las crónicas que merecieron mayor cantidad de ediciones, entre las cuales figura la *Historia del Perú* de Zárate (13 ediciones en cinco lenguas, hasta 1742), junto con las obras de Antonio de Solís, López de Gómara, Acosta y Benzoni.

⁸ Cfr. Hampe Martínez, 1995, p. liv.

muchas familias de condición burguesa mediante el acceso a la universidad. Sin embargo, ya un sobrino de nuestro personaje será el primero en lograr titulación académica, y es muy curioso observar cómo, en el testamento otorgado en 1538 por Lope Díaz de Zárate, deja este una manda especial para que pueda terminar de cursar su nieto Polo Ondegardo los estudios de leyes en Salamanca. Así se quería ver consolidado el prestigio de la familia, y es por cierto Ondegardo un importante conocedor del mundo andino en el siglo XVI, que acompaña a Zárate en su viaje al Perú y se queda desarrollando carrera como encomendero, corregidor y negociante hasta morir en Chuquisaca (hoy Sucre), el año de 1575.⁹

Distinta es la trayectoria vital de su tío, que sirvió con mediano suceso el encargo de contador general del Perú y Tierra Firme, para examinar la administración de la Real Hacienda en ambos territorios desde los inicios de la colonización. Agustín de Zárate, a quien se le asignó por esta misión un sueldo de 800.000 maravedíes anuales, llevó consigo cuatro esclavos negros y un nutrido séquito de parientes y amigos. Debemos tener en cuenta que la expedición al país de los incas, célebre por su abundancia de oro y plata, abría a estos hombres una extraordinaria oportunidad de enriquecerse y ganar prestigio social.¹⁰

Su llegada a la ciudad de Lima, en junio de 1544, coincidió prácticamente con el estallido de la rebelión de Gonzalo Pizarro y los descontentos encomenderos, que se levantaron contra la aplicación de las Leyes Nuevas (de talante lascasiano) para el gobierno de las Indias. Así quedó el funcionario envuelto en un ambiente de discordia y enfrentamiento militar, que le impidió realizar cabalmente su tarea de inspección de las cuentas fiscales.¹¹ Al cabo de solo un año de estadía en Lima, viéndose impedido de desarrollar con eficacia su labor, el contador optó por tomar el camino de regreso a España. Zárate llevaba la modesta suma de 3.000 pesos para Su Majestad cuando salió del puerto del Callao, en julio de 1545.

Llegado a Nombre de Dios, halló un despacho de la corte en que se le mandaba «hacer relación de todo lo sucedido en el Perú [...] desde el descubrimiento», orden que parece constituir la génesis de su *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Demoró intencionalmente su partida de Tierra Firme para conseguir algunos memoriales y diarios de gente perulera y arribó finalmente de vuelta a la Península en julio de 1546.¹² En la corte real, Zárate fue recluido en prisión por una serie de acusaciones tanto civiles como criminales, en el Consejo de Indias. Se le exigía devolver a la Real Hacienda una

⁹ Puedo remitir al «Esquema bio-cronológico de Polo Ondegardo», que aparece en mi contribución a *Pensamiento colonial crítico. Textos y actos de Polo Ondegardo* (Hampe Martínez, 2012, pp. 129-132).

¹⁰ Cfr. Hampe Martínez, 1984.

¹¹ Roche, 1985, pp. 13-15.

¹² Véase los detalles de la labor realizada por el personaje en mi artículo «La misión financiera de Agustín de Zárate, contador general del Perú y Tierra Firme (1543-1546)», en *Historia y Cultura* (Lima), vol. 17, 1984, p. 91-124.

cantidad de dinero que había cobrado en exceso y, más aún, se le achacaba haber favorecido el movimiento sedicioso de los pizarristas (AGI, Justicia, 1079, 1ra pieza, f. 10). Tuvo la mala fortuna de ser recluido en la cárcel de Valladolid y ver secuestrados sus bienes.

Zárate quedó encerrado en la prisión por algunos años («con una cadena y en una camarilla húmeda, donde jamás hay luz ni claridad», según se quejaba el reo), hasta que finalmente resultó absuelto de las severas denuncias formuladas en su contra. A pesar de los tiempos difíciles, avanzó en la redacción de su famosa crónica: bien se sabe que la cárcel ha sido por tradición lugar creativo de obras valiosas... Ya en julio de 1554 debía de tener listo el texto de la *Historia del Perú*, obra de estilo ameno y cuidada prosa.

En dicho texto Zárate se ocupa de las características de gente y paisaje en la región equinoccial, describe los usos y costumbres de la población andina, narra sobre testimonios fidedignos los hechos de la Conquista y reconstruye con minucia las guerras civiles de los conquistadores en el Perú. Raúl Porras Barrenechea,¹³ eximio conocedor de las crónicas peruanas, lo describe elogiosamente como «relato completo y compendioso de todo el descubrimiento, conquista y guerras civiles, el más a propósito para el lector medio y profano, deleitoso e instructivo como un manual».

2. De imágenes, mitos y referentes del mundo clásico

Según ha escrito Raimundo Lazo en una vieja obra panorámica, la obra de Zárate constituye un invaluable testimonio para la historia y la etnografía andinas, que destaca por «la veracidad esencial del cronista y su buena información y discreta crítica». Estas virtudes le otorgan una singularidad dentro del conjunto de cronistas del Perú colonial. Además, remarca la abundancia de citas y referencias clásicas, señales de una cultura humanista bien asimilada.¹⁴ Zárate produce una crónica nutrida de simbología e intertextualidad tomadas directamente de lo clásico, y acompañada de dibujos que, según se ha podido comprobar, proceden de la iconografía utilizada en otros libros de tema hispánico salidos de las prensas de Amberes (Países Bajos españoles en aquella época).

Más allá del éxito obtenido en el mercado de libros europeo, debemos anotar que los impresores del viejo continente actuaban con evidente premura a la hora de seleccionar imágenes para ilustrar obras como las de López de Gómara, Cieza de León o Zárate, que aparecieron con breve diferencia de tiempo en la primera mitad de los años 1550. Es perfectamente entendible que un tipógrafo radicado en Amberes como Martin Nutius, responsable de tempranas versiones de Cieza y Zárate, tuviera dificultad en obtener dibujos o

¹³ R. Porras Barrenechea, 1986, p. 215.

¹⁴ R. Lazo, 1965, pp. 92-93.

grabados de artistas que hubieran estado tempranamente en América o pudieran formarse una idea certera de la realidad ultramarina.¹⁵

La utilización de grabados extraídos de otros textos más o menos de la misma época es flagrante en el caso del capítulo X del libro primero de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (ver lámina 1).¹⁶ Aquí se trata de exponer la concepción que los pobladores andinos tenían del demonio, o mejor dicho, del dios Pachacamac. Este aparece en el lado izquierdo como un personaje alado, de forma vampíresca, y tiene como interlocutores a un grupo de ancianos, vestidos con túnicas. Los ancianos se dejan ver curiosamente barbados, cuando sabemos que los pobladores andinos son esencialmente lampiños. Tal ejemplo demuestra que no había facilidad para acceder al recurso artístico, medianamente sofisticado, pues no había nadie que supiera graficar la realidad propia de los Andes en medio de las prisas por mandar a la imprenta la obra de Zárate, dado el apoyo que había recibido del príncipe Felipe (luego rey Felipe II).



Lámina 1

¹⁵ Peeters-Fontainas, 1956.

¹⁶ En un breve pasaje, Sabine MacCormack comenta este grabado señalando que la ilustración se asemeja a las narraciones que circulaban en España sobre las conversaciones que Satanás tenía con aquellos individuos que estaban fuera del orden social sancionado por la Iglesia (cf. MacCormack, 1993, p. 108).

Hay un ejemplo semejante en una crónica que antecede inmediatamente en la producción tipográfica de Martin Nutius, y es la primera parte de la *Crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León (1554). Aquí, cuando se trata de graficar el lago Titicaca, ubicado en la meseta del Collao, entre el Perú y Bolivia actuales, no se ha hecho más que utilizar la misma plantilla, el mismo grabado que se había empleado en otra publicación para el *canale grande* de Venecia. La imagen expone algunos gondoleros y abajo dice «el lago Titicaca», como si estuvieran navegando en las balsas de totora características del mundo andino. En verdad están recurriendo a la imagen que tenían más a la mano, o quizás la más familiar.

El asunto radica, evidentemente, en la familiaridad que se quería transmitir a los lectores europeos para que la obra tuviera mayor suceso.¹⁷ En verdad, habría que bucear en las muestras bibliográficas de la época para elucidar de qué obras pudieran proceder aquellos grabados originales del ámbito europeo. Pero lo cierto es que con frecuencia se emplean imágenes que no tienen nada que ver con la realidad andina, ni en cuanto a la iconografía, ni a los caracteres humanos que aparecen, ni a sus trajes, ni a la tipología racial.

Otro grabado interesante aparece en el capítulo XIV del libro primero de la *Historia* de Zárate y representa el proceso de erección de ciudades en esta parte de las Indias (ver lámina 2). Notamos aquí a un español en una posición de dominio, pero en un sentido más bien benigno (no correspondiente a la «leyenda negra» de Bartolomé de las Casas), rodeado de una serie de personajes que parecieran integrar algún gremio artesanal, como si fueran constructores u obreros europeos. Se supone, empero, que son los indígenas que están edificando a la manera importada las primeras ciudades hispánicas en el Nuevo Mundo.

Estamos pues ante otra imagen que acompaña simpáticamente al texto, pero que no tiene mucho que ver con la realidad de la cual se estaba tratando. Parece que lo importante era crear esa grata referencia, a través de una ilustración que hiciera más asequible la lectura y que al mismo tiempo significara un marco ya conocido para los que se acercaban a la «nueva» realidad americana.

¹⁷ En un sólido y bien documentado ensayo, donde pone en relación el paganismo de griegos y romanos con las religiones amerindias, tal como fueron percibidos por la gente europea del Renacimiento, S. MacCormack advierte la naturalidad con la que los viajeros y exploradores integraban lo novedoso o extraño del Nuevo Mundo con las cosas que ya eran familiares y conocidas. Y medita sobre el punto de la siguiente manera: «Indeed, this expectation of finding something that is in some respect already known is inherent in discovery of any kind, for without knowledge, there can be no recognition and no understanding. And further, we cannot claim to have discovered something if we do not in some respect understand it» (MacCormack, 1995, p. 79).

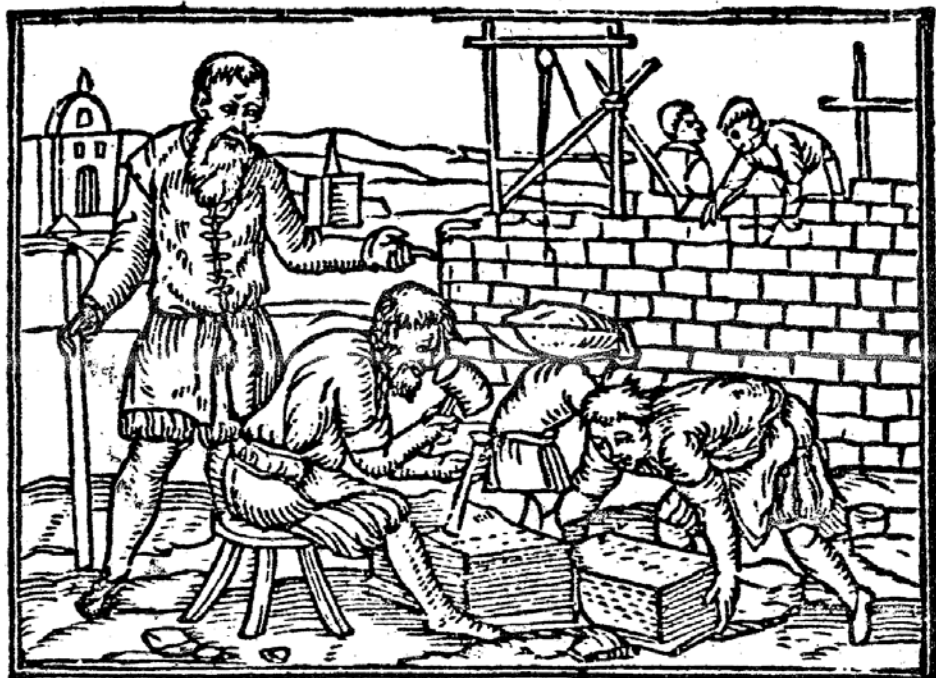


Lámina 2

Aunque no existe una representación gráfica a la mano, hay un curioso pasaje de la crónica de Zárate que traza una comparación entre los caimanes ubicables en los ríos de América y los cocodrilos propios de la cuenca del Nilo.¹⁸ El paralelismo que busca establecer el autor no es gratuito, pues Egipto representaba en el mundo antiguo lo que el Nuevo Mundo en España, marcando un evidente contraste entre las nociones de centro y periferia. Al respecto, un ensayo de Mariano Nava Contreras expresa en tono enfático: «Vemos cómo se va configurando, pues, un discurso hispanocéntrico que opera desde una retórica de la oposición y del contraste, con el fin de implicar al lector a través de categorías y presupuestos culturales heredados. Los elementos de este discurso no los va a encontrar Agustín de Zárate en otro lugar que no sea el del discurso histórico griego».¹⁹

Los cronistas hicieron denodados esfuerzos por explicar América y los Andes desde sus propias experiencias. Se emplearon estereotipos conocidos y eurocéntricos, que eran usuales desde la Antigüedad, para señalar la inferioridad de pueblos extraños.

¹⁸ *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, lib. I, cap. 1.

¹⁹ M. Nava Contreras, 2009, p. 4.

A la vez, la presentación de la desnudez de los habitantes era un tópico propuesto desde tiempos medievales para identificar a los habitantes de tierras ignotas y hasta paradisíacas. Con ellos cohabitaban monstruos y gigantes; también las Amazonas aparecían relacionadas con las regiones vecinas al Paraíso bíblico, a las tierras fabulosas del oro y la quimera.²⁰

Con similar punto de vista, modernos historiadores como Sir John H. Elliott, el famoso profesor regio de Oxford, han insistido tenazmente en la recurrencia con que los europeos del Renacimiento echaron mano de la tradición clásica para su aproximación inicial al Nuevo Mundo, a sus gentes, su naturaleza, su geografía, etc. Esto hace hablar a Elliott y los autores de su entorno de una especie de impacto amortiguado o filtrado (*blunted impact*), a través del cual volitivamente se dejaba pasar al conocimiento de la civilización europea determinadas imágenes y nociones que tenían su referencia en aquello que se había prefijado que podría existir en otras partes del mundo.²¹

Veamos ello más claro con un ejemplo concreto. Hasta muy adentrado el siglo XVI, y este es un punto que toca también a Agustín de Zárate, persistirá el mito de la Atlántida para explicar el origen de los primeros pobladores del continente americano. Hoy en día, evidentemente, la ciencia antropológica ha determinado que en el marco de la última glaciación (alrededor de veinte mil años atrás) se habría producido el traslado de pobladores asiáticos a través del estrecho de Bering desde la zona de Siberia a Alaska, y de allí habrían bajado para poblar todo el continente americano en un proceso también de varios cientos y quizás miles de años.

El primer cronista en exponer esa versión sobre el origen asiático de los pobladores americanos fue el padre jesuita José de Acosta, quien estuvo en México y el Perú y conoció bien ambos territorios. Acosta también poseía conocimientos de la época antigua y de los estudios de sus contemporáneos, por lo cual se lo llamaba el «Plinio del Nuevo Mundo». Nos dejó, entre otras piezas, la *Historia natural y moral del Nuevo Mundo* (1590), que es la primera que asienta esa teoría sobre el paso por el norte del continente para el poblamiento original de las Américas.²² Sin embargo, todavía en el año 1555 encontramos a Agustín de Zárate dando validez a los postulados del «divino» Platón (como se le llamaba generalmente en aquel tiempo) sobre el mito de la Atlántida.

²⁰ Cf. Pease, 1999, p. 20.

²¹ Cf. J. H. Elliott, 1976, pp. 11-23. La influyente exposición de Elliott ha sido reexaminada en el libro de David A. Lupher, *Romans in a New World* (2003: 226-229), que sostiene que el encuentro con el «otro» tenía, inevitablemente, que precipitar cambios en la visión de la propia cultura europea.

²² El asunto ha sido tratado en profundidad en el libro de Helga Gemegah, 1999, lamentablemente no traducido al castellano.

En este punto, será pertinente agregar unos apuntes bibliográficos relativos a la crónica que nos ocupa. El mismo Zárate supervisó las modificaciones en una segunda edición de su obra, que se imprimió en Sevilla, en los talleres de Alonso Escribano, en 1577. Esta versión corregida y censurada, que es la que se ha utilizado generalmente hasta la actualidad, muestra sobre todo en los libros I y V numerosos cambios con respecto a la versión original. Podemos asumir que la circunstancia de haber intervenido en los hechos de la rebelión pizarrista obligara al contador a introducir sucesivas enmiendas en el texto de su *Historia*: le convenía eliminar todo indicio acerca de sus enredos con Gonzalo Pizarro y suprimir los capítulos que exponían los ritos y costumbres «diabólicas» de los indios. Así se entiende mejor la serie de correcciones impuestas de acuerdo al espíritu vigilante de la Contrarreforma, y además conforme a una cierta tendencia «almagrista»: porque toda toma de posición a favor del partido de Almagro implicaba un antipizarismo, y esto venía a ser garantía de fidelismo o lealtad a la Corona, según lo ha observado atinadamente Paul Roche.²³

No será ocioso recoger aquí los novedosos planteamientos del profesor David A. Lupher, quien procura demostrar que los debates sobre la relevancia del Imperio romano fueron mucho más allá de la supuesta herencia del señorío universal por parte de los españoles y llegaron a topar con una seria reconsideración del imperialismo romano como un fenómeno histórico-cultural, en tanto que capítulo integrante de la historia de Europa (y de España en particular). A través del trasplante de modelos culturales clásicos al Nuevo Mundo, los españoles del Renacimiento se vieron envueltos en una revisión de su propia concepción como herederos de la civilización grecorromana. Cuando el «otro» es interpretado y «domesticado» mediante una apelación a lo familiar, dice Lupher,²⁴ siempre se corre el riesgo de que la tendencia pueda revertirse, al punto de que lo familiar pierda su vigencia original. Este resultó con frecuencia el destino de los antiguos romanos en la narrativa sobre la conquista española de América.

3. Discurso historiográfico y marco teórico en Zárate

Vamos a discutir enseguida algunos ejemplos concretos que pueden brindarnos una cercanía más directa a los referentes clásicos al nivel de la concepción que nuestro autor tenía sobre la disciplina historiográfica, cosa que interesa sobremanera a quienes cultivamos profesionalmente la Historia. Zárate llega incluso a decir que antes de abocarse a la narración de los hechos y sucesos hay que diseñar una especie de marco teórico, en el cual pueden diferir los historiadores, y desde donde cada uno expone la base doctrinaria de

²³ Cf. P. Roche, 1978, p. 15.

²⁴ D. A. Lupher, 2003, pp. 320-321.

su escritura. En la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, las referencias más completas y directas a autores clásicos se encuentran tanto en la epístola dedicatoria al rey Felipe II como en la introducción general a la obra.²⁵ Quizá convenga enunciar brevemente algunos pasajes donde se hace referencia a los textos o *auctoritas* de lo clásico.

Hablando por ejemplo de la zona de Quito, en el libro II, capítulo 9, refiere Zárate lo siguiente:

Y quando Rumiñagüi supo la venida de Benalcázar salió a defender la entrada y peleó con él en muchos passos peligrosos con más de doze mil indios, y tenía hechos sus fossados, lo qual todo contraminaua Benalcázar con grande astucia y prudencia, porque quedándoles él haziendo cara, embiaua en las trasnochadas vn capitán con cinquenta o sesenta de caualllo, que por arriba o por abaxo de cada mal passo se lo tenía ganado quando amanecía, y desta manera los hizo retraer hasta los llanos, donde no osaron esperar por el mucho daño que les hazían los de caualllo, y quando aguardauan era porque tenían hecho hoyos anchos y hondos, sembrados dentro de palos y estacas agudas y cubiertos con céspedes y yerua, sobre muy delgadas cañas, casi de la forma que escriue César en el *Séptimo Comentario* que los de Alexia pusieron para defensa de la ciudad, en otra caua secreta que llaman *lirios*.²⁶

Ese tipo de traspolaciones u homogeneizaciones con lo que se está describiendo para la realidad americana, ya sea respecto al contacto con los indígenas, el paisaje o las costumbres, aparecen frecuentemente en nuestra crónica y en otros textos.

Otra referencia interesante nos lleva a las célebres biografías compuestas por Plutarco. En el libro IV, capítulo 9, de su *Historia*, bajo el título «De las costumbres y calidades del Marqués don Francisco Pizarro y del Adelantado don Diego de Almagro», Zárate traza una similitud entre los dos grandes caudillos de la conquista peruana y dice que los va a tratar en biografías comparativas, tal como lo hizo Plutarco en sus *Vidas paralelas* de griegos y romanos:

Pves toda esta *Historia* y el descubrimiento de la prouincia del Perú, de que trata, tienen origen de los capitanes de que hasta agora hemos hablado, que son el Marqués don Francisco Piçarro y el Adelantado don Diego de Almagro, es justo escreuir sus costumbres y calidades, comparándolos entre sí, como haze Plutarco quando escriue los hechos de dos capitanes que tienen alguna semejança.²⁷

²⁵ Aunque la educación de Zárate no pasó formalmente de un nivel elemental, es obvio que cultivó con intensidad la lectura de obras humanísticas. Una confiscación de bienes practicada en su casa de Valladolid, en 1549, revela que poseía una biblioteca de 110 volúmenes «escritos en latín y romance, entre grandes y pequeños» (AGI, Justicia, 1072, 4ta pieza).

²⁶ Zárate, 1995, p. 87.

²⁷ Zárate, 1995, p. 152.

Hallamos unas valiosas citas de primera mano en el proemio o epístola dedicatoria de la crónica, que Agustín de Zárate escribió para Felipe II. La historia circundante es simpática y merece ser resumida en breves palabras. En 1554 nuestro personaje había salido de la prisión (adonde fue a caer por las razones ya expuestas) y fue llamado a acompañar al entonces príncipe Felipe en el viaje que le llevaría a Inglaterra para casarse con la reina católica María Tudor. En la travesía marítima de La Coruña a Southampton, dice que leyó buena parte de su *Historia* al príncipe, quien la tomó por bien, y es entonces que bajo el auspicio real se publica de inmediato en Amberes, adonde Zárate fue a cumplir un encargo de revisión de cuentas fiscales. Explica el autor que compuso este relato incentivado por las novedades que encontró en tierras peruanas y asienta luego:

No pude en el Perú escreuir ordenadamente esta relación (que no importara poco para su perfección) porque solo auerla allá començado me viera de poner en peligro de la vida con vn maestre de campo de Gonçalo Picarro, que amenazaua de matar a qualquiera que escriuiesse sus hechos, porque entendió que eran más dignos de la ley de oluido, que los athenienses llamauan *amnistía*, que no de memoria ni perpetuidad. Necessitóme a cessar allá en la esciptura y a traer acá para acabarla los memoriales y diarios que pude auer, por medio de los quales escreuí vna relación que no lleua la prolixidad y cumplimiento que requiere el nombre de historia, aunque no va tan breue ni sumaria que se pueda llamar *comentarios*, mayormente yendo diuidida por libros y capítulos, que es muy diferente de aquella manera de escreuir.²⁸

Y enseguida añade con sinceridad:

No me atreuiera a emprender el vn estilo ni el otro si no confiara en lo que dize Tulio, y después dél Caio Plinio, que aunque la poesía y la oratoria no tienen gracia sin mucha eloquencia, la historia de qualquier manera que se escriua deleyta y agrada porque por medio della se alcançan a saber nuevos acontecimientos, a que los hombres tienen natural inclinación, y aun muchas vezes se huelgan de oírlos contar a vn rústico por palabras gosseras y mal ordenadas (p. 18).²⁹

Esta cita es interesante, pues en ella se aprecia al redactor de la *Historia* brindándose una autojustificación como escritor, como historiógrafo, utilizando referencias directas de las autoridades clásicas. No lo hace, como algunos otros cronistas después de

²⁸ Zárate, 1995, pp. 17-18.

²⁹ Significativamente, la misma reflexión se repite en la «censura» que Zárate escribió a las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos, parte I, editada en 1589. Allí es más específico en la cita del original latino: «[...] conforme a lo que escribe Cicerón, y después dél Cayo Plinio, que aunque las obras de poesía y oratoria no tienen gracia, ni deben ser admitidas sin mucha elocuencia, la historia (dicen) *quoque modo scripta delectat*; esto es, “de cualquier manera, y en cualquier estilo que se escriba, deleita y agrada”, porque mediante esta alcanzan los hombres a saber cosas nuevas...». Vid. Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, 1847, p. 2.

él, amparando en los dichos de historiógrafos italianos del Renacimiento, que desarrollan toda una discusión en sentido parecido, pero ya dentro de la polémica de antiguos contra modernos. En el caso de Zárate, más bien, este se proclama casi un heredero de la vieja guardia, un partícipe de las tempranas generaciones del siglo XVI, para las cuales el men-saje de los antiguos era la palabra sagrada, la referencia idónea, el marco teórico perfecto.

En el mismo sentido justificativo de su obra, es imperdible una cita de la epístola dedicatoria, que además reviste importancia para el tema tan debatido entre los historiadores de dónde imponer cortes al pasado, pues todos sabemos que las cronologías y periodizaciones son harto elásticas, arbitrarias; se fabrican aplicando tijera sobre un *continuum* de hechos, con el solo propósito de poder entendernos bien, ordenando de una manera lógica o cronológica una serie de acontecimientos a los cuales tratamos de brindar una secuen-cialidad o estructura inteligible. En ello, uno de los grandes problemas que se plantea es hasta dónde llega la historia propiamente dicha y dónde empiezan las turbulencias del «tiempo presente».

Algo parecido llama la atención de Zárate, quien con elocuente estilo y referencia a la *auctoritas* clásica (en este caso Horacio) escribe estas líneas:

Quando acabé esta relación salí de un error en que hasta entonces estuue, de culpar a los historiadores porque en acabando sus obras no las sacan a luz, creyendo yo que su pretensión era que el tiempo descubriesse sus defectos, consumiendo los testigos del hecho. Pero agora entiendo la razón que tienen para lo que hazen en esperar que se mueran las personas de quien tratan [...] porque en recontar cosas modernas ay peligro de hazer graues ofensas y no hay esperança de ganar algunas gracias, pues el que hizo cosa indeuida, por liuianamente que se toque, siempre quedará quexoso de auer sido el autor demasiado en la culpa de que le infama y corto en la desculpa que él alega. Y por el contrario, el que merece ser alabado sobre alguna hazaña, por perfectamente que el historiador la cuente, nunca dexará de culparle de corto, porque no refirió más copiosamente su hecho, hasta henchir vn gran volumen de solas sus alabanças. [...] Y así sería muy sano consejo a los historiadores entretener sus historias no solamente los nueue años que Horacio manda en otras qualesquier obras, pero aun nouenta... (Zárate, 1995, pp. 18-19)

Las elucubraciones de Zárate dan pie también para repensar la construcción de la historia por medio de tradiciones orales y otros mecanismos alternativos usados por los pueblos carentes de letras. De hecho, el contador vallisoletano es exitoso como historiógrafo de las cosas del Perú hasta el fin de su marco vital, pero a partir del primer tercio del siglo XVII ubicamos un nuevo paradigma en la recepción europea de lo andino, y sobre todo de lo que debió haber sido el Imperio incaico, con la salida de la primera y segunda partes de los *Comentarios Reales de los Incas* (1609/1616), obra maestra de

Garcilaso de la Vega. El mestizo cuzqueño es responsable de un denodado esfuerzo por asemejar el Tahuantinsuyu con el Imperio romano, y llega a decir, en una frase muchas veces citada: «El Cozco en su imperio fue otra Roma en el suyo» (*Comentarios Reales*, lib. VII, cap. 8).³⁰

En la concepción garcilasiana, se trataba de un gran imperio multinacional, donde aparentemente con gran sabiduría y sin mucho derramamiento de sangre, se llevó a cabo la gran obra expansiva de los quechuas. Estos habrían realizado su «obra civilizatoria» a base de astutas negociaciones, en las cuales se reconocían privilegios y se exigían determinadas lealtades a las provincias o etnias sometidas. Así es como habrían llegado a dominar desde el sur de Colombia (nudo de Pasto) hasta el centro de Chile (río Maule), incluyendo toda la costa y sierra de Ecuador, Perú y Bolivia, y también el noroeste de Argentina.

En otra contribución he examinado la variedad de elementos clásicos presentes en la formación intelectual y en la obra del Inca Garcilaso.³¹ Este autor plantea claramente la polémica entre lo romano, antiguo, y lo incaico, que no es moderno pero sí específicamente americano. Evidentemente los incas están vigentes en el momento del contacto con Pizarro, por lo tanto son modernos en el sentido temporal, aunque no en el sentido clásico europeo. Entonces discute el mestizo al interior de su texto quiénes van a obtener la prelación, si los romanos, que fueron diestros en el arte militar y en las letras, o los incas, que también eran grandes militares y aparentemente muy sabios, pero no tuvieron acceso a la letra. Y el Inca resuelve esta disputa en el sentido de que los romanos son superiores porque fueron capaces de que la información sobre sus actos heroicos, sus grandes batallas y gobernantes, se registrase y conservase para las generaciones posteriores a través de los textos.³² En cambio, los incas solamente pudieron echar mano del recurso mnemotécnico de los quipus, un registro fragmentario de información, codificado en nudos. Como bien se sabe, el quipu es un sistema de cuerdas, que hasta ahora se ha entendido básicamente para conservar información de tipo numérico o estadístico; pero de allí a postular un sistema de retención de nombres o palabras, hay una gran distancia. Este es un punto que aún se discute entre los cronistas y los analistas modernos, y sobre el cual ofrece su propia opinión Agustín de Zárate:

³⁰ F. Pease (1999, p. 32) advierte que desde los primeros años de la década de 1550 fue ganando terreno una imagen romanizada del Inca. Es a partir de los tiempos de Juan de Betanzos y de Cieza de León que tal noción comienza a tomar cuerpo. Con ambos autores disponemos, no solo de un Inca que se comporta como un emperador romano, sino de una lista de doce incas, y alguien podría proponer una relación con los doce Césares de Suetonio.

³¹ Hampe Martínez, 1994.

³² En sentido inverso, la *Apologética historia sumaria* (ca. 1559) de Fr. Bartolomé de las Casas, que puede ser entendida como un esfuerzo extraordinario por abarcar todos los pueblos de la Tierra en una visión panorámica de la civilización, llega a plantear la superioridad cultural de los pueblos originarios de América sobre los antiguos romanos (cf. Lupher, 2003, pp. 255 y ss.).

Esto es lo que se puede sacar por rastro cerca desta materia, que no es poco para cosa tan antigua y sin luz, mayormente teniendo respecto a que en el Perú no ay letras con que conseruar la memoria de los hechos passados ni aun las pinturas que siruen por letras en la Nueua España, sino vnas ciertas cuerdas de diuersas colores añudadas, de forma que por aquellos ñudos y por las distancias dellos se entienden, pero muy confusamente... (Zárate, 1995, p. 23)

Y luego apunta, siguiendo a Horacio en una carta (*Epist.* 1.6.67): *Si quid nouisti rectius istis, candidus imperti; si non uis, utere mecum*.³³ Vale decir, se remite esencialmente a lo que ha sabido a través de la memoria oral y de los *quipucamayos*, aquellos maestros capaces de decodificar la información contenida en los quipus; de manera que nuestro autor no es ajeno para nada a esas disquisiciones de índole historiográfica.

Recordemos por último, en este acápite, que Zárate incide en su crónica sobre la vigencia del mito de la Atlántida enunciado por Platón en el *Timeo* (21e-25d), llegando a decir que las islas de las cuales se hablaba que estarían ubicadas detrás de esa isla enorme (que sería más grande que Europa, Asia y África juntas) serían las Antillas. Y por ello afirma que el viejo mito ha comprobado ser cierto, dado que navegando más allá de la inmensidad del océano Atlántico, donde se habrían disgregado las tierras de la antigua Atlántida, se arriba a la Española, Cuba, San Juan, Jamaica y las demás poblaciones que están en aquel mar. Y añade que la tierra firme o continental de la cual se hablaba en el mito sería la llamada Tierra Firme americana, o sea las costas de Venezuela, Colombia y el istmo centroamericano.³⁴

4. Sentido y alcance pleno de las reminiscencias clásicas

En resumidas cuentas, la descripción de rarezas así como de riquezas y fabulosos tesoros existentes (de verdad o no) en tierras exóticas constituye un motivo ampliamente tratado por la comunidad erudita en torno a la historiografía antigua. La asociación de las riquezas minerales, específicamente el oro, con los territorios excéntricos o utópicos encontrará también en la crónica de Indias (como hemos visto) un campo propicio para su desarrollo como motivo literario.

³³ Zárate, 1995, p. 23. Sin embargo, la frase correcta es: *Si quid nouisti rectius istis, candidus imperti; si nil, his utere mecum*. Agradezco al anónimo evaluador de *Classica Boliviana* por su pertinente corrección de esta cita horaciana. Según el mismo colega, esta cita puede traducirse de la siguiente manera: «Si conoces algo mejor, dímelo con franqueza; si no, usa esta doctrina conmigo».

³⁴ Véase «Declaración de la dificultad que algunos tienen en averiguar por dónde pudieron pasar al Perú las gentes que primeramente lo poblaron» (*ibidem*, pp. 21-24).

En aquellos tiempos había preocupación por establecer la relación de los habitantes de América con la historia antigua aceptada, vale decir, la que procedía de los textos bíblicos y de la historia conocida del mundo greco-latino, y se discutía entre otras hipótesis el origen judío de la población americana. Este es un tema que, a fines del siglo XVI e inicios del XVII, se desarrollará vigorosamente en las historias escritas sobre el Nuevo Mundo. El Perú fue identificado con el Ofir bíblico, tierra de las minas del rey Salomón, pero también del Paraíso Terrenal.

Desde los primeros escritos referentes al Mundo Nuevo se habló de seres extravagantes, sobrevivientes de las descripciones de la antigua mitología grecolatina, concurrentes con textos de los sabios helenos que, partiendo de la distinción entre griegos y bárbaros (Herodoto, por ejemplo), señalaban a los habitantes de mundos ignotos y limítrofes con los «confines del mundo».³⁵ Los bárbaros no solo eran hombres sin palabra y sin razón, eran, además, seres deformes, con una sola pierna, con los ojos, nariz y boca en el pecho, o con cabeza de perro o de otros animales. Estos seres habitaban, según las creencias populares europeas, los lugares extremos o desconocidos, y no solo aparecieron en las primeras versiones escritas que hablaban de América, aun sin reconocerla, sino que se ilustraron mapas y grabados divulgados en el Renacimiento, donde se mostraban los contornos y los habitantes de un mundo nuevo.

Se ha dicho que, así como la experiencia de los castellanos en el Nuevo Mundo ponía en cuestionamiento la heredad grecorromana sobre la Europa moderna, este fenómeno podía echar nuevas luces sobre los pueblos a quienes los latinos habían sujetado violentamente a su imperio, como es el caso de los iberos en suelo español. Estos pasaron entonces a ser reconocidos como los verdaderos ancestros de los castellanos del Renacimiento. Por una conexión relativamente fácil de hacer, algunos españoles llegaron a entender que los pobladores originarios del Nuevo Mundo eran una suerte de «hermanos», pues se trataba de gentes paganas que habían sido sometidas igualmente a una conquista y explotación violenta. Lupher llega a hablar de una «indianización» del mundo europeo, en tanto que los viajeros y cronistas se daban cuenta de que había evidentes similitudes entre las costumbres y festividades de los pueblos amerindios y de las comunidades rurales en Castilla.³⁶

En relación con ello, percibimos un esfuerzo de parte de las naciones colonizadoras de Europa, ya sean españoles o portugueses, ingleses, franceses y hasta holandeses, por hacer sentir a sus congéneres o público de referencia que al tratar sobre América no se

³⁵ Cf. C. García Gual, 1992, vol. I, pp. 24 y ss.

³⁶ Lupher sugiere en definitiva lo siguiente: «The alienation that both the conquistadores and their harshest critics increasingly experienced from the Greco-Roman foundations of European civilization may be regarded as a harbinger and anticipation of the “creole patriotism” that eventually –and inevitably– took root in Spanish America». (Lupher, 2003, pp. 324-325).

exponía una realidad totalmente exótica o anodina. Haciendo uso de la mitología pagana grecorromana y de las Sagradas Escrituras, una serie de cronistas llegan a postular, como ya se adelantaba, que los primitivos pobladores americanos serían procedentes de una de las tribus perdidas de Israel.

Finalmente, el acto de dominación termina siendo ratificado y confirmado por la descripción que ellos hacen para un público ilustrado, expresando la idea de que toda la humanidad es una sola. De aquí también se justifica el propósito evangelizador que da sustento a la acción de dominio y colonización sobre los pueblos de América, como hermanos a los cuales se busca redimir luego de haber caído en desgracia: esto es, en el paganismo, la barbarie, el salvajismo, el canibalismo, etc. Bajo esos presupuestos se entendería el dominio castellano impuesto por el Papa desde finales del siglo XV, a través de las bulas alejandrinas, dando un sentido pleno (cristiano y providencial) al traslado de su civilización a las Indias.

Encontramos, por cierto, una larga lista de autores alineados con esta praxis justificativa. Uno de ellos es Agustín de Zárate, quien empleaba informaciones de diverso rango y procedencia, fuera de sus propias observaciones, y a veces echaba mano de visibles prejuicios (como cuando expresa que los habitantes costeños de la región sudcuatorial «tienen los gestos ajudiados, hablan de papo como moros...»).³⁷ Pero el problema, a mi parecer, radica en comprender por qué Zárate, con su complejo armazón de índole historiográfica, o el Inca Garcilaso de la Vega, que acude a la similitud de los incas con los romanos, llegan a tener más éxito en el público europeo que otros autores. Me parece que la explicación reside en que ellos utilizaban las herramientas que la gente ilustrada sentía más propia y quería ver plasmadas en obras de referencia ultramarina.

Mediante la obra de los cronistas indianos se generalizó un conjunto de tópicos que, aunque tenían elaboraciones arcaicas, se hicieron claramente visibles en la baja Edad Media y en los populares libros de caballerías. En ellos aparecían no solo arquetipos heroicos, lugares de riquezas fabulosas, sino también modelos de situaciones concretas de la convivencia humana.

Por cierto, la universalidad que alcanzaba Europa a través de su expansión ultramarina se vincula estrechamente con cierta forma de hacer una historia de la humanidad. Es el mismo eurocentrismo que presidió grandes elaboraciones de la historia desde los griegos y romanos (aceptados luego ávidamente en la Europa medieval, y sobre todo renacentista) hasta la propia historia europea moderna. Desde la obra teológica y filosófica de San Agustín en adelante, el eurocentrismo tuvo un carácter preponderante. Y en la actualidad aún mantiene su importancia, aunque el desarrollo contemporáneo de las ciencias

³⁷ Nava Contreras, 2009, p. 2.

del hombre tiende a discutirlo «cada vez más apasionadamente».³⁸

Todo esto nos lleva a una cuestión concomitante: tratar de elucidar el grado de cercanía que poseen los autores que hemos referido con las fuentes clásicas que citan. A veces se trata simplemente de *loci communes*, de extractos de obras que eran moneda corriente en la época, sin implicar que hubiesen recurrido a los maestros clásicos en su versión original. Había evidentemente traducciones a lenguas vernáculas, y si en todo caso fuera cierta la versión (traída por Cieza de León) de que el contador Zárate era leído en letras latinas, esto no significa que conociera asimismo el griego, aunque cita devotamente a Platón. Entonces, pues, hay que examinar con detenimiento cuánta aproximación directa hay a un idioma o al otro y a una clase de autoridades o a otras.

Los especialistas en materia bibliográfica de las fuentes clásicas podrán juzgar con mayor profundidad el manejo relativamente deficiente que Zárate ejercía de aquellos textos. Aquí hemos tratado básicamente de constatar una serie de referencias al universo grecolatino que aparecen en su crónica. Sobre esta base se podrá convenientemente analizar cómo dichas referencias se (re)interpretan en el siglo XVI, qué valor poseen en su respectivo contexto y cuánto contribuyen, en general, a los estudios sobre el mundo clásico.

Por lo demás, conforme avanza la era de la colonización, pasarán a América cada vez mayores cantidades de impresos europeos, en el marco de un comercio librero que progresivamente estamos conociendo mejor. Y de aquí sabemos que los inventarios de mercaderías contenían abundantes textos como silvas de varia lección, florilegios, repertorios de lugares comunes, que eran una suerte de rudimentarias enciclopedias que servían para facilitar el acercamiento a las fuentes clásicas. Por lo tanto, hay que tener bastante prevención en este ámbito, ya que muchas veces nos hallamos con citas tomadas de otros autores, referencias de segunda mano.³⁹ Debemos manejar, pues, con cautela el sentido de aquellas referencias y el acceso a sus fuentes originarias, a lo cual se añade la escasa circulación de obras editadas en el propio mundo indiano. Sería adecuado hablar entonces de simples «reminiscencias clásicas», tal como lo proponemos en el intitulado de esta contribución.

En definitiva, solo unas cuantas obras escogidas, como la *Historia* de Agustín de Zárate, lograban merecer el beneplácito regio para llegar a la imprenta, lo cual estaba

³⁸ Cf. Pease, 1999, pp. 26-27. Las pautas del eurocentrismo no se reducían a centrar en la vida europea los ejemplos u orígenes de las cosas del presente, sino también a dotar al pasado (real o imaginado) de características que empalmaran con la historia admitida por las gentes del Viejo Mundo. Así ocurrió con las versiones hebreas del pasado, aceptadas por el cristianismo como la única historia antigua verdadera e incorporadas a la historia universal en formación. De este modo se explica que los cronistas confundieran muchas veces las divinidades relatadas por los mitos americanos con apóstoles cristianos o que supusieran en los primitivos pobladores de América virtudes evangélicas.

³⁹ Cf. MacCormack, 2007, cap. 1, especialmente la p. 13 y ss.

condicionado por su sentido intrínseco y por las herramientas intelectuales que emplearan. Tales consideraciones nos mueven a una relectura de las crónicas, puesto que anteriormente se las entendió como una suerte de repositorios de información. Hoy en día vemos que fueron textos escritos por historiadores que emplearon su bagaje cultural para explicar el pasado remoto que empezaban a conocer. Según anota con acierto F. Pease: «Este bagaje, gracias al Renacimiento, era greco-latino, y recubre, como un follaje, los datos que los cronistas pudieron recoger para escribir una historia que fuera tan suya como la del mar Mediterráneo. Con los siglos, la versión clásica, estrechamente entrelazada con la andina, se ha convertido en nuestra historia».⁴⁰

Bibliografía citada

- Burke, P., «America and the rewriting of world history», en K. O. Kupperman (ed.), *America in European consciousness, 1493-1750*, 1995, pp. 33-51.
- Castellanos, J. de, *Elegías de varones ilustres de Indias*, comp. Buenaventura Carlos Aribau, Madrid, Imprenta de La Publicidad, a cargo de M. Rivadeneyra, 1847 (Biblioteca de autores españoles, 4).
- Elliott, J. H., «Renaissance Europe and America: A blunted impact?», en F. Chiappelli (ed.), *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, University of California Press, 1976, vol. I, pp. 11-23.
- Franco, J., «La cultura hispanoamericana en la época colonial», en L. I. Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, Vol. 1. *Época colonial*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 35-53.
- García Gual, C., «La visión de los otros en la Antigüedad clásica», en M. León Portilla et al. (eds.), *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, Vol. 1. *Imágenes interétnicas*, Madrid, Siglo XXI de España, 1992, pp. 7-34.
- Gemegah, H., *Die Theorie des spanischen Jesuiten José de Acosta (ca. 1540-1600) über den Ursprung der indianischen Völker aus Asien*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1999 (Hispano-Americana, 22).
- Gerbi, A., *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, trad. de Antonio Alatorre, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Gisbert, T., *Iconografía y mitos indígenas en el arte*, La Paz, Editorial Gisbert, 1980.
- Greenblatt, S. ed., *New World encounters. A «Representations» book*, Berkeley, University of California Press, 1993.

⁴⁰ F. Pease, 1999, p. 34.

- Hampe Martínez, T., «La misión financiera de Agustín de Zárate, contador general del Perú y Tierra Firme (1543-1546)», *Historia y Cultura* (Lima), 17, 1984, pp. 91-124.
 - «El renacentismo del Inca Garcilaso revisitado: los clásicos greco-latinos en su biblioteca y en su obra», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, Genève, 56, 1994, pp. 641-663.
 - «El Licdo. Polo Ondegardo (ca. 1520-1575): biografía de un jurista castellano en los Andes coloniales», en G. Lamana Ferrario (ed.), *Pensamiento colonial crítico. Textos y actos de Polo Ondegardo*, Lima/Cusco, Instituto Francés de Estudios Andinos & Centro Bartolomé de las Casas, 2012, pp. 89-135.
- Hampe Martínez, T. (comp.), *La tradición clásica en el Perú virreinal*, Lima, Sociedad Peruana de Estudios Clásicos & Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial, 1999.
- Hartog, F., *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris, Gallimard, 1991.
- Kupperman, K. O. (ed.), *America in European consciousness, 1493-1750*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.
- Lazo, R., *Historia de la literatura hispanoamericana. El período colonial (1492-1780)*, México, DF, Porrúa, 1965 (Sepan cuantos, 38).
- Lupher, D. A., *Romans in a New World: classical models in sixteenth-century Spanish America*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2003.
- MacCormack, S., *New World encounters. A «Representations» book*, S. Greenblatt (ed.), Berkeley, University of California Press, 1993.
 - «Limits of understanding: perceptions of Greco-Roman and Amerindian paganism in early modern Europe», en K. O. Kupperman (ed.), *America in European consciousness, 1493-1750*, 1995, pp. 79-129.
 - *On the wings of time: Rome, the Incas, Spain, and Peru*, Princeton, Princeton University Press, 2007.
- McMahon, D., «Introducción» a Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1965, pp. xi-lviii.
- Nava Contreras, M., «La historiografía y la etnografía griegas en dos cronistas peruanos: Agustín de Zárate y Juan de Betanzos», *Praesentia: revista venezolana de estudios clásicos*, 10, 2009 (<http://revistas.saber.ula.ve/praesentia>).
- Pease, F., «Temas clásicos en las crónicas peruanas de los siglos XVI y XVII», en T. Hampe Martínez (comp.), *La tradición clásica en el Perú virreinal*, 1999, pp. 17-34.
- Peeters-Fontainas, J. F., *L'officine espagnole de Martin Nutius à Anvers*, Anvers, Société des Bibliophiles Anversoïis, 1956.

- Porras Barrenechea, R., en F. Pease (ed.), *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos* [1962], Lima, Banco de Crédito del Perú, 1986 (Biblioteca Clásicos del Perú, 2).
- Roche, P., «Les corrections “almagristes” dans l’édition princeps de l’*Histoire du Pérou* d’Agustín de Zárate», *Caravelle*, 31, 1978, pp. 5-16.
– *Agustín de Zárate: témoin et acteur de la rébellion pizarriste*, Nantes, Université de Nantes, Département d’Études Hispaniques, 1985 (Acta hispanica, 1).
- Tyrrell, William Blake. *Las Amazonas. Un estudio de los mitos atenienses*, trad. de J. J. Utrilla, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Col. Breviarios, 495).
- Zárate, A. de, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, F. Pease y T. Hampe Martínez (eds.), Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1995.

Filología clásica

Intertextualidad e interculturalidad: la presencia
de Roma en Grecia, una perspectiva diferente
Álvaro Sánchez-Ostiz

Filosofía

El octágono medieval de oposición y equivalencia: tres aplicaciones
Juan Manuel Campos Benítez

Tradición clásica

Presencia de Sófocles en el teatro argentino: Acerca de *Antígona*
Vélez y Antígonas: Linaje de Hembras
María Claudia Ale

La pasión y el dolor como vías hacia el bien supremo en la tragedia
Scopas de Franz Tamayo
Alberto Bailey Gutiérrez

De traviesos y eruditos egipiómanos charqueños
Andrés Eichmann Oehrli

Presencia de la cultura clásica en las bibliotecas rioplatenses (siglos XVII-XVIII)
Alfredo Eduardo Fraschini

Reminiscencias clásicas en la *Historia del Perú* de Agustín de Zárate (1555/1577)
Teodoro Hampe Martínez

La presencia de Platón en las Misiones guaraníes
(Acerca de la obra de José Manuel Peramás)
Blanca A. Quiñónez

Varia

La romanidad oriental moderna: Un testimonio del papel religioso y político
de la élite cristiana helenohablante de Constantinopla en el siglo XVIII
Xavier Agati

Stabilire primo, deinde et ornare: los emperadores Flavios
entre las fuentes literarias y las epigráficas
Javier Andreu Pintado



Sociedad Boliviana
de Estudios Clásicos

